

PLAZA PUBLICA

**D.F. ¿Ciudad de Primera?
Tres Kilómetros por Hora
Mejor, Irse de Vacaciones**

Por: MIGUEL
GRANADOS CHAPA

(VIENE DE LA PRIMERA)

muy cerca de las oficinas de CINE MUNDIAL, a la vista del intenso y veloz tránsito que le impedía cruzar la glorieta que todos conocemos como "del caballito": "¿Cómo pudiste llegar allí?"; a lo que respondía el interrogado: "No cruce la calle; lo que pasa es que nací de ese lado".

Con la circulación de automóviles, autobuses y camiones cuajada en todas partes y a todas horas un diálogo así carece de sentido. Los peatones pueden cruzar por donde gusten, mientras los vehículos permanecen largos minutos estacionados en espera de que el obstáculo, de mil naturalezas, que les impide transitar, sea removido o eludido. Hoy, más bien, adquiere significado la expresión sarcástica según la cual la de México es una ciudad de primera por que entre construcción de ejes viales, zanjas nunca cubiertas del todo, semáforos mal sincronizados, o simplemente apagados, nunca da tiempo de meter la segunda.

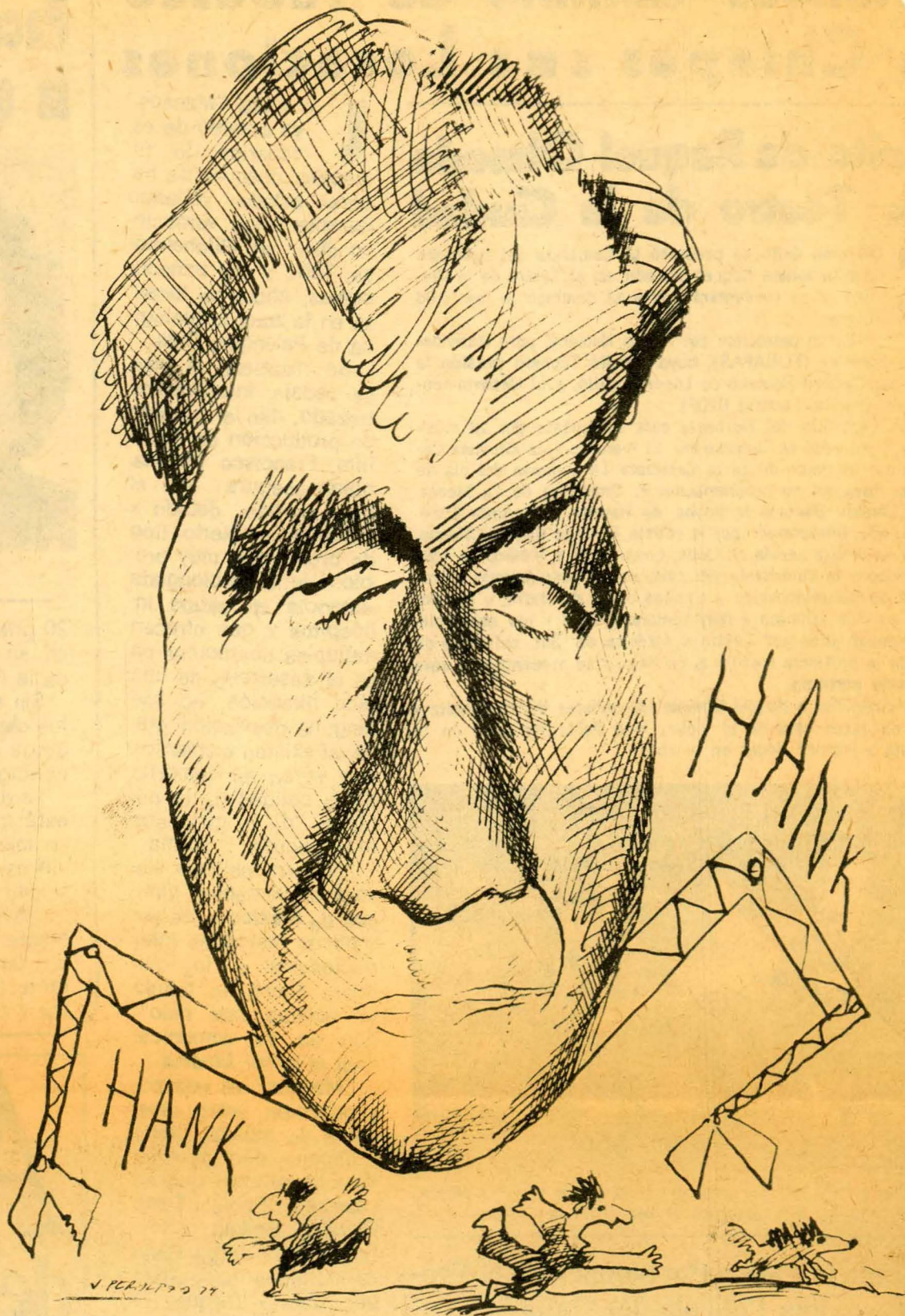
Bromas aparte, lo cierto es que el lugar común preferido y obligado de los capitalinos es, cada vez con mayor intensidad, las dificultades de tránsito. Así como se caracteriza la conversación trivial de los ingleses como referida siempre al tiempo, que parece preocuparles obsesivamente, a los mexicanos que habitan esta ciudad parece resultarles imposible dejar de referir, en todo momento, los problemas que les aquejan en su necesidad de desplazarse a través de la capital.

La simple agregación anual de vehículos, unida al irracional trazo de la mayor parte de las porciones de la ciudad, habrían complicado en cierto momento el tránsito urbano. Las obras públicas que hoy se realizan, que seguramente tienen una justificación técnica impecable; que seguramente pueden apoyarse en una argumentación fi-

nanciera a la que nada se le pueda reprochar; que seguramente se basan en razonamientos políticos muy atendibles, han provocado una desorganización insuperable del tránsito por todos los rumbos de la geografía citadina. Cada uno de nosotros, estoy cierto de ello podría referir a la menor provocación, un reciente episodio en que el tránsito se congeló, impidiéndole llegar a tiempo al trabajo, al cumplimiento de un compromiso, a la cita amistosa o de amor. No es extraño que escuchemos narrar las peripecias de un lentísimo viaje por la avenida Vallejo, o por Insurgentes, o por las irónicamente llamadas "vías rápidas", en que para recorrer tres kilómetros es necesario emplear una hora. Ni la tortuga de Aquiles marchó tan lentamente como con la mentable frecuencia se mueve el tránsito capitalino.

Toda esta es quejumbros de clase media, a la que conduce sus propios automóviles y a la que le queda, por lo mismo, el remedio de buscar caminos laterales, de pasar los ojos por un diario o una revista mientras espera a que se desperere el gusano del vehículo interminable, de oír la radio. Hay que imaginar, en cambio, el permanente suplicio de quienes, a bordo de autobuses sujetos a la misma lentitud, están además destinados a sufrir apriamientos, agresiones, la esclavitud en suma, de ser conducidos por otro que es, él mismo, esclavo de la perezhosa circulación.

En efecto los usuarios del transporte público, que se quejan menos que los propietarios de vehículos, entre otras cosas porque carecen de vices para sus quejillas, son la parte de la población más afectada por este cotidiano drama citadino que amenaza verse tragedia. Cada vez son más frecuentes los puntos



EL REGENTE de la ciudad de México, Prof. Carlos Hank González, en una sismica versión del humorista Jaime Peralta.

de la ciudad en que dichos usuarios que tienen que disputarse un número reducido de vehículos se desparman fuera de las aceras, a veces hasta la mitad del arroyo vistos para lanzarse al abordaje que les permite el paracólico privilegio (que lo es porque no se concede a todos, al menos simultáneamente), de encontrar unos cuarenta centímetros cuadrados disponibles para cada quien en un atiborrado autobús de pasajeros.

Advertirá el lector que el tono quejumbroso se ha aprofundado hoy, tal vez con mayor intensidad que nunca, de esta "Plaza Pública". En esa virtud seguramente se entenderá la necesidad de abrir un paréntesis en esta tarea cotidiana. De pronto uno descubre que todos: los lectores, los editores, quien dicta y quien mecanografía esta columna, re-

cesitan vacaciones. Por lo tanto, por lo tanto, por lo tanto, nos veremos a mi toca, las tomaré mos aquí pasado un tiempo a partir de mañana. Con la po.